

NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

## REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

## JULIAN CASAS

*(El Salamanquino).*

El día 14 del presente Agosto, á las cinco de la mañana, dejó de existir uno de los toreros que más figuraron, por sus raras condiciones de inteligencia, allá en los buenos tiempos de *Curro-Cúchares* y el *Chielanero*.

Como otros notables diestros, alejados ya de las rudas contiendas de la profesión, Julian había hecho de su casa el centro de todas sus aspiraciones, y allí, al lado de sus hijos y sus nietos, contentábase gustoso con disfrutar de los escasos bienes de fortuna que conquistara con su trabajo.

Este apartamiento espontáneo de las rudas faenas de tan peligroso ejercicio, nos recuerda en lo antiguo al célebre Pedro Romero, y en la actualidad al célebre Cayetano.

Tranquilos en su hogar, con la satisfacción inmensa de celebrar su sosiego al recuerdo de pasadas glorias, muéstranse ufanos al lado de aquellos bienes de fortuna, que no produjera sino un batallar constante de muchos años, y una serie no muy escasa de sufrimientos.

Casas fué un torero de afición.

Quedó huérfano de padre siendo niño y se propuso aumentar las heredades de su casa á cambio de ceñirse á los toros y bregar con ellos.

Su madre se opuso tenazmente; le aconsejó, le mimó, le amenazó más tarde, y por último, las amenazas se convirtieron en realidad, cuando Julian fué encerrado en una casa de corrección por mandato mismo de la que le había dado el sér.

Hijo de un militar retirado, no había tocado Julian los inconvenientes de la miseria; hubiera seguido la facultad de cirugía, ya que tenía cursada la latinidad, si su pasión por el estoque, no hubiera dominado á la del escalpelo.

La muerte de su madre le dió anchas riendas á su deseo, sin que para ello tuviese que acibarar cada vez más un corazón bañado en las lágrimas del cariño.

En 1835, época triste de la pérdida de su virtuosa madre, Julian se hizo torero. Nacido en el año 1815, mes de Febrero, hasta el de 1840 no llegó á resaltar su nombre en las primeras plazas en que trabajó, que fueron las de Castilla.

Figuró como banderillero en la cuadrilla de José de los Santos.

Años más tarde le vimos trabajar en la Plaza de Madrid, apadrinado como se hallaba por Don Antonio Palacios, uno de los mejores empresarios que ha tenido la Plaza de la Corte.

Fuó muy aplaudido por su destreza y agilidad clavando rehiletos. En el año 1847 tomó la alternativa de manos del malogrado diestro Manuel Díaz (Labi).

América fué testigo de sus mejores triunfos. El año 69 toreó en Lima como jefe de cuadrilla, teniendo á su lado de segundos á Gonzalo Mora y Manuel Hermosilla.

Como dice uno de sus mejores biógrafos, «trajo de allí muchos laureles y no quiso en España marchitarlos.»

Compró ganaderías y aumentó sus bienes, cultivándolos y atendiendo á todo con esmerada inteligencia, y pensó no torear más y pasar tranquilo el resto de sus días en el país en que nació.

Éste era Béjar, provincia de Salamanca.

Así como en las corridas reales de 1846 figuró en el cartel como el más moderno de los espadas, en las de 1878 apareció como el más antiguo, ocupando el puesto de preferencia.

No le vimos torear más.

La muerte le sorprendió en su país natal á los 67 años.

Los que en la mañana del miércoles 16 lograran entrar en la parroquia de Santo Tomás Cantuariense para saludar un túmulo levantado bajo la nave principal de la iglesia, advertirían cómo el recuerdo de un buen torero parecía cernerse todavía sobre los anchurosos pliegues de aquel modesto catafalco.

## NUESTRA APRECIACION.

No llegó Julian Casas nunca á la altura de los primeros maestros. Estrella de segunda magnitud fué casi siempre eclipsada por aquellos dos soles de su tiempo, que se llamaron *Cúchares* y *Redondo*. El papel del diestro bejarano se circunscribía á escuchar muchas palmas y llevarse varios regalos de las plazas de Castilla, donde trabajaba acariciado por las simpatías del público; en Madrid nunca pudo entablar competencia con los célebres maestros que hemos mencionado. Era su trabajo original, incorrecto, sin escuela determinada á que pudiera referirse su trasteo; en los lances de capa se distinguía por su precisión en el momento de *vaciár*, sin que *parase* todo lo necesario; en las *navarras* *recogía* con limpieza; no así en los

frente por detrás, que casi siempre terminaba fuera de su sitio.

Con los *patos*, era vivo, ligero; entraba en su terreno por derecho, y salía por pies, sin cuartejar bien con los brazos; las poderosas facultades de sus piernas le ayudaban tanto en esta suerte, que á veces los toros buscaban su cuerpo desde los medios, y el diestro evitaba el peligro saltando á todo escape la valla sin apoyar los pies en el estribo. Daba muy buenos pases de muleta; cuadraba perfectamente, distinguiéndose en los *redondos*. Nunca fué su *trapo* de gran castigo, por no terminar los pases, permitiendo á las reses que ciñeran demasiado al *engaño*, para luego, no terminada la suerte, ocasionarle infinitas *coladas*. Al arrancar, era tardo y sin grandes alardes de temeridad: liaba la muleta y engendraba un volapié desde *largo*, y en actitud de cuartejar. Esto, que vulgarmente se llama *tranquillo*, fué perfeccionado por el diestro salmantino, ejecutando uno peculiar suyo, que si bien le desviaba de los grandes aplausos, le apartaba también de un inminente peligro.

Su carácter, franco y pundonoroso, jamás conoció la envidia, ni se sintió alentado por ella. Como las pretensiones del público corren parejas con las pretensiones del lidiador, siendo las de Casas modestas, nunca se le obligó á rayar en donde él no había puesto sus miras. Lo que el corazón no le obligaba á hacer, se lo dictaba la cabeza, y así reprendía á sus compañeros; y si sus lecciones dentro del redondel se hubiesen escrito, con ellas hubiera podido formarse un libro de *Tauromaquia*.

Al lanzar LA LIDIA, ante el cadáver de Julian, el juicio crítico que le mereció como torero, cumple una vez más con la imparcialidad de que tanto se gloria. Ni aun frente á las lápidas de los sepulcros queremos prodigar el incienso; que la muerte acerca más á los hombres al trono de la justicia, y la luz de la verdad debe brillar sobre la Historia.

Sus críticos. Así se expresan, respecto á él, varios aficionados de su tiempo:

«Ligero y con piés, Julian como los toros de su tierra. Se ladea del izquierdo en las salidas. Brega sin fatigas, y las hace pasar muy negras á los picadores. Banderillea y aspira á matador y mata toros, sin que de allí pase ni aquí llegue, porque no supe Salamanca lo que no dá la naturaleza.»

«Su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á traerlos á sí; no ciñe á los *volapiés* y *cuarteja* demasiado entrando al testuz; adolece de predilección hácia un *tranquillo* de recurso, como el paso de banderillas; revela con el capote y rehiletos que se ha formado en el arte sin el auxilio de una pródiga enseñanza.»

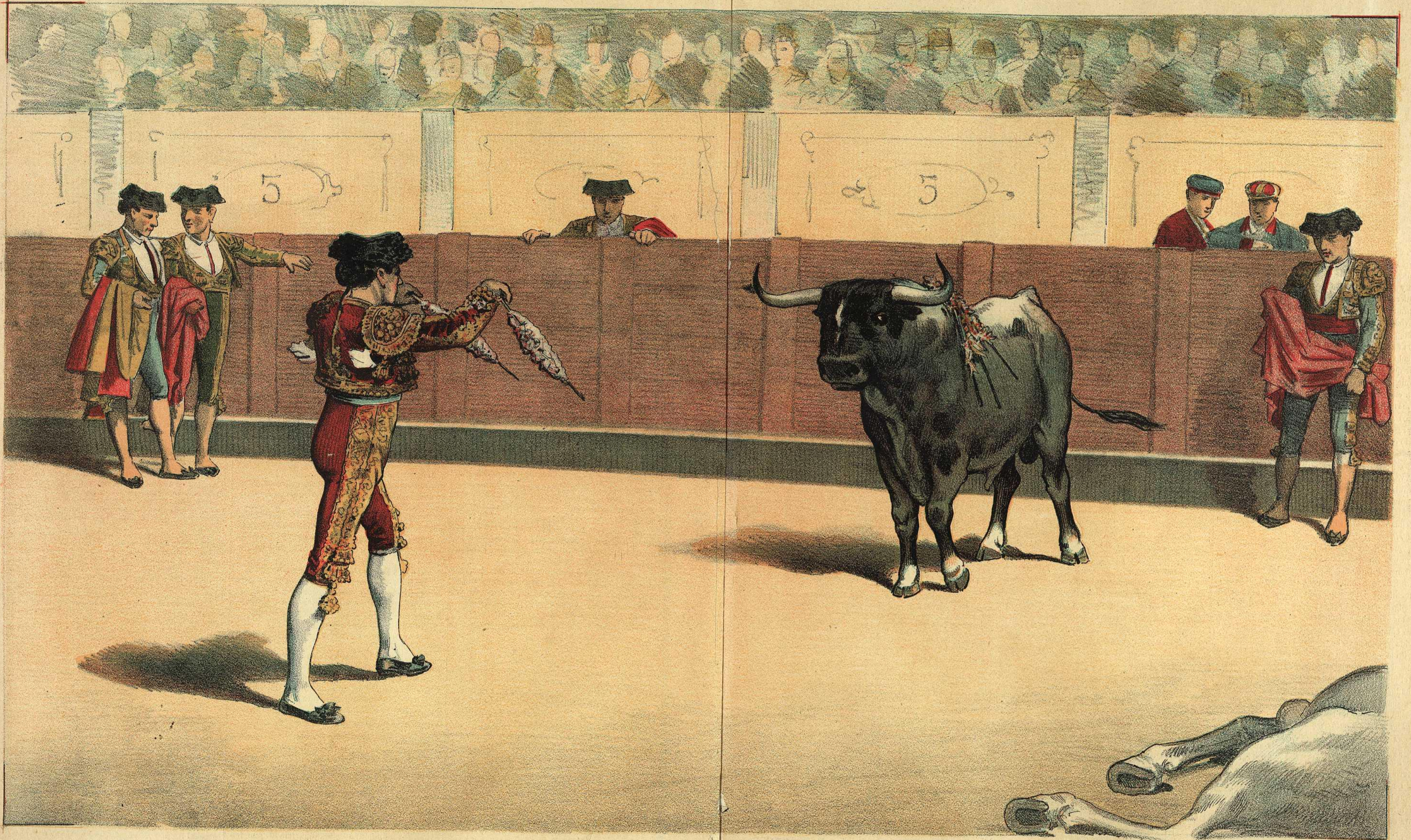
Hasta aquí lo que nos es dado indicar del torero que acaba de morir.

LA LIDIA acompaña á su desconsolada familia en su justísimo dolor.





# LA LIDIA.



Lit. de J. Palacios.

CITE PARA UNA SUERTE DE BANDERILLAS.

Arenal, 27, Madrid.



## ¡TOROS EN SAN SEBASTIAN!

Un paso más, y las corridas tienen lugar en la vecina República. Escuchad el silbato del tren, que se le oye rugir más de cien veces al día, al llenar con su feroz aullido la estación. Son coches de viajeros, que descienden presurosos del Sur de Francia para presenciar nuestro *barbaro* espectáculo.

Al francés y su coqueta pareja se les distingue entre todos los paseantes del Zurriola en un día de fiesta nacional. Como si se tratara de emprender un artístico viaje, él no se separa de sus gemelos de prolongado alcance, y ella de su sombrero de paja, festoneado en su ala delantera por un flexible velo de moteada gasa.

Miradlos en la Plaza.

El extranjero disputa su sitio, se arrellena en él, lo defendería como el jugador su puesto de preferencia; aparecen las cuadrillas, y el brillo salta de sus espantados ojos; dá principio la brega, y el rostro del francés vá tomando los rasgos pronunciados de una *cara española*; aquel cabello, colocado á la moda napoleónica sobre las sienes, vá tomando las proporciones y semejanzas de un *quid* torero que envidiaría cualquier abonado de nuestro café Imperial.

Mirad los ojos de ellas; á través de la ligera gasa se adivinan dos esferas azules, que á veces se apartan del peligro; jamás las hermosea ninguna lágrima. Su mirada es imponente, seria, casi severa; acepta el espectáculo por curiosidad, lo vé con frecuencia para añadir quilates á su instruccion; no es perversion de sentimientos si la veis fijarse demasiado en una cogida... ella os dirá que se trata de añadir una impresion más á su cartera.

Los aficionados franceses, en tres corridas que han presenciado durante los días 13, 14 y 15, han podido convencerse de toda la grandeza, habilidad y arte que rodean nuestra fiesta nacional, así como de los graves peligros á que están expuestos sus *mantenedores*.

En la primera tarde cundió en la Plaza el fuego del entusiasmo; se aplaudió el valor; se admiró la serenidad; los extranjeros colocaron nuestra fiesta por cima de todas las manifestaciones de su temerario *sprit*.

¡Qué largas de Rafael! ¡Qué pases de Salvador! ¡Vaya una estocada, con la que Lagartijo despachó su primer cornúpeto! ¡Qué modo de mojarse los dedos Salvador con el morrillo de la fiera en la brega lucidísima del cuarto!... En este toro ya se inició el peligro: cuando Frascuelo, por tanto atracarse en la estocada, salió rodando bajo el estribo... los franceses comprendieron el lado flaco de la cosa... que la vida se jugaba en aquellos instantes.

En la corrida del lunes, el peligro se vió con toda su crudeza, con la espantosa desnudez de la res en el juego de la vida. Salvador fué arrollado, encunado, derribado al suelo... hubo ensayos de la tragedia *Muerte*. Las francesas suspiraron por él; el célebre diestro les había dado una leccion. «*Ved aquí un juego gimnástico*, hubiérale dicho, *para el que de nada sirve la res.*» La nueva aparicion del diestro fué saludada con frenéticos aplausos; un *amateur* llamó á aquello el *colmo del valor*... en el torero aplaudió al hombre y se acordó de España.

La tercera corrida se olvidó el corazón para admirar la inteligencia; los toros de Mazpule se defendían traidoramente en las tablas, y hubo necesidad, para engañarlos en la hora de la muerte, de toda la sangre fría y todo el conocimiento de las reses, á fin de despacharlos pronto, sin temor á una cogida. Nueva admiracion de propios y extraños.

Los franceses comprendieron entonces que no bastaba para ser *torero* decidirse... y trabajar; que el toreo era una profesion peligrosa, donde el estudio y la constancia entraban por mucho, sin tener otro atril donde colocar el libro, que el mismo testuz de la fiera.

Lo hemos dicho: en la primera corrida dominó el entusiasmo, subió á extraordinaria altura el papel de nuestra fiesta nacional: los franceses agotaban las frases *merveilleux*, *magnifique*, y todo el diccionario de sus exclamaciones.

El delirio subió de punto con la estocada primera y un quite de Rafael, la segunda estocada y otro de los quites de Salvador.

Figuraos que el toro ha derribado al picador por el suelo, el asta de la fiera se ciernen sobre el corazón del pobre piquero; Rafael extiende su capote, el toro quedó receloso al engaño... vuelve á extenderle otra vez y vése obligado á encunarse en el testuz de la fiera que la lleva engreida hasta los medios del redondel... allí logra separarse de ella, sitúase en su terreno, alarga el rojo percal, el toro le acomete y el diestro sale por el lado contrario despues de una *larga* en que el piton y el rabo pasan bajo su brazo derecho. Las palmas cunden en sus oídos, los sombreros le estorban el paso y una caja de gemelos sale rodando por la arena;... el autor de este rasgo generoso hubiérale propuesto en aquellos momentos á nuestro embajador un cambio de nacionalidad.

¡Frascuelo arrebató con su estocada!

El cuarto de los de D. Vicente Martínez era noble, bravucon, de finísima cuerna y de libras. Salvador le extendió el trapo en los mismos hocicos, le dió tres naturales casi ceñido al asta, dos cambios, uno por alto, otro natural... y lió. El público anticipaba al aplauso por aquella majestad ante el peligro, aquella seguridad en medio del arrojito, que caracterizó toda la faena del diestro. Al salir de la suerte fué tal el encuentro de su mano con el morrillo de la fiera, que cayó de espalda. Notóse al punto una impresion de espanto mezclada de una emocion de placer; el diestro se había levantado cuando el animal, balancéandose sobre sus patas, hundía su hocico en el polvo.

El toro cuarto, de D. Vicente Martínez, anunció á Salvador y al público lo que podría ocurrirle con el segundo de los Aleas de la próxima corrida. El suceso más importante de esta segunda tarde merece preferente lugar; de aquí que le dediquemos capítulo aparte.

Hemos de añadir que Regaterin y el Gallo se llevaron muchas palmas; que el servicio de la Plaza apareció inspirado, y que *l'affaire* del Sr. Arana resultó redondo.

Una de las *extranjerías* se empeñó, á la terminacion de las corridas, que Salvador le explicara varias suertes del toreo. Quería llevar á Londres enriquecida su cartera con originales datos.

Frascuelo fué puntual á la cita...

Uno de los camareros de la fonda nos indicó maliciosamente que el diestro había dado principio á sus lecciones por *los pases de pecho*.

## LA COGIDA DE SALVADOR.

Frascuelo se dirigió al segundo de los Aleas con el propósito decidido de arrancar numerosas palmas. Llamábase el toro *Gitano*, y era de hermosa estampa, muchas libras, colorao y algo apretado de cuerna. Pepe Calderon le había acariciado con cinco puyazos, el segundo de ellos superior. Regaterin y Valentin fueron los encargados de adornarle de banderillas. Hecha por el Presidente la señal del último tercio de la lidia, Salvador, como hemos dicho, abandonó el estribo con la firme persuasion que había de enténderselas con un autor *inconsciente* de uno de sus mayores tiempos. El bicho era boyante y bravo; tomaba el trapo con codicia y sin cernirse; entraba por su terreno, y salía á las mil maravillas de la suerte. ¿Qué otras condiciones podían exigirse de una res para un matador que *quiere siempre*?

Vestia el diestro de azul con alamares de oro, y con la muleta en los hocicos de *Gitano* le dió tres pases naturales, dos de pecho, magistrales, de los que el pié derecho del matador parece ocupar la salida de la fiera, uno en redondo y un cambio; usando de su cuerpo como engaño dió un pase hácia la derecha á fin de cuadrar, como el arte manda, al animal, flameó el trapo ya plegado con la izquierda y se arrojó sobre el de Aleas con una estocada hasta la empuñadura, superior, hartándose con coraje del colmenareño.

Una vez introducido el estoque, todo fué obra de un se-

gundo: le vimos al punto enganchado y derribado en la arena. La mayor parte del público se puso de pié en sus asientos y un grito de espanto se dejó oír. El toro mete su cabeza para recoger al diestro y se lo lleva á uno de los pitones para volver á arrojarlo despues; el diestro con ambas manos estaba asido del asta.

Por fin, el animal se distrae y abandona su presa, terminada que fué su venganza. Con los alamares de la chaquetilla descolgados, la camisola rota y mal plegada, la faja ya ondulante y descendida, levántase el diestro de aquella arena, sobre la cual el público por un instante le creyó atravesado por el cuerno de *Gitano*. El espanto toma las proporciones de una angustiosa consternacion cuando á los tres pasos que dá Salvador dirigiéndose á la fiera, vuelve á caer como masa que se desploma acometido por un ligero vértigo.

Cunde el espanto en la Plaza; los curiosos atisban con sus gemelos; varias señoras abandonan sus asientos; varios franceses lanzan calurosas frases de protesta contra aquel espectáculo... por fin, Salvador se levanta de nuevo, como quien vencida la crisis de una dolencia, vuelven sus facultades á ser reanimadas por una gran presencia de ánimo. Coge entre sus manos la olvidada muleta; mira su espada hundida todavía entre los rubios del animal; dirígese impávido hasta él; despliega el trapo para humillar valeroso la espada de su enemigo; le arranca con temerario enojo el estoque... y el toro se bambolea sobre sus patas, cayendo á los piés de su matador.

Íntil es advertir que la retirada del diestro á la enfermería, así como su nueva aparicion momentos despues, fué saludada con extraordinarios aplausos por toda la concurrencia.

La muerte, como hemos visto, se había cernido vengativa sobre los laureles del triunfo.

LA LIDIA no puede por ménos que tomar una parte activa en el dolor que experimentaria el diestro; pero á fuer de imparciales, nosotros no podemos pasar desapercibida una falta grave del torero, sin que le apliquemos su correctivo. Que Salvador sabe cómo se *pasan*, se *cuadran* y *vacion* los toros, esto es indudable; sospechar lo contrario es una excesiva puerilidad... *con solo el valor*, decía Montes, *no se matan las reses*. Ahora bien; el afán que muestra siempre este célebre espada por los aplausos, le obliga á confiarse demasiado con los toros boyantes, acortando las distancias de su terreno, situándose á un solo paso del testuz y casi con la punta del estoque dominando el morrillo de la fiera. Por muy boyante que sea, un toro puede, al sentirse castigado, quedarse un tanto en la suerte; y como la distancia á que nos referimos dificulta la salida, de aquí que al menor derrote el diestro resulta tropicado, y á lo mejor cogido.

Como el valor tiene siempre su recompensa, estas cogidas no pueden ser nunca de gravísima consecuencia. Primero, porque el animal ya herido tiene mermaidas sus facultades y se siente morir con aquella gran estocada puesta en su sitio; segundo, porque el matador ha sido arrollado entre los dos pitones, recibiendo su primera contusion, no del asta, sino del testuz, frente al cual se hallaba encunado.

No basta, repetimos, solo el valor; es preciso que el arte, como luz clarísima, abrillante todas las faenas del diestro. Los toros tienen su terreno y el matador el suyo; el vaciado de la muleta tiene lugar propio en qué ejecutarse; cegar este sitio es tapar la salida, y los cuernos del animal no siempre se contentan con descoseguilla.

Lagartijo nos lo decía, *ta ocasion: —«No son los toros los que nos cogen, somos nosotros los que cogemos á los toros.»*

## FERIA DE SAN ANTOLIN EN PALENCIA.

El digno Ayuntamiento de esta capital prepara, para los días 2 y 3 del próximo Setiembre, dos grandes corridas de toros. En la primera se lidiarán seis toros de D. Carlos Lopez Navarro (de Colmenar Viejo), y en la segunda otros seis del Excmo. Sr. Duque de Veragua. Los dos diestros contratados para ambas corridas son los jóvenes matadores José Sanchez del Campo (*Cara-ancha*), y Fernando Gomez (*Gallito*).

Tenemos la seguridad que el ganado será excelente, el servicio de la plaza inmejorable, y que nada se perdonará por abrillantar el mérito de la popular fiesta. Conocemos al digno Presidente del Ayuntamiento de Palencia, D. Pedro Romero Herrero; sabemos que es uno de los primeros aficionados, á quien su larga práctica en los asuntos taurómicos le dá sobrado derecho para tomar la iniciativa en esta clase de espectáculos; y cuando una gran inteligencia se une á una poderosa actividad, los resultados son siempre seguros.

Si el tiempo no lo impide, ó por mejor decir, si nuestras ocupaciones nos lo permitieran, Alegrías aceptaría su cariñosa invitacion y asistiríamos á esa capital para hacer exacta reseña de la feria palentina.

Alegrías.

## NUESTRO DIBUJO.

No terminado aún el que ofrecimos referente á la Plaza de San Sebastian, aparecerá en el número próximo.

También disponemos otro *alegórico* á los principales hechos taurómicos que conciernen á la vida del malogrado Julian Casas (*El Salamanguino*).

Lo tenemos dicho. Todas las novedades que figuren como importantes en nuestra fiesta nacional, todas tendrán cabida en nuestra publicacion.

Aspiramos á que LA LIDIA ocupe el lugar á que la están haciendo digna sus numerosos favorecedores.